

ferentes géneros , y no solo á él sino tambien á todos los de su comitiva : juzgad de aquí como debe ser tratado un obispo.”

80. No salió fallida la esperanza del santo Pontífice , pues entregó santamente su alma al Criador al cabo de seis meses de destierro , el dia 16 de Setiembre del año 655. Ocupó la santa Sede , contando desde su ordenacion hasta su muerte , seis años , dos meses y doce dias , de lo que se infiere , que Eugenio que murió en el primer dia de Junio de 657 solamente rigió la Iglesia dos años , ocho meses y veinticuatro dias , primero como vicario general , y luego como Pastor en propiedad de la iglesia romana. Venera á San Martin la iglesia griega como confesor de la fe , y la latina como mártir. Es conocido solo el Papa Eugenio por la concordia que hicieron sus legados en Constantinopla con los monotelítas , de la que no consta la aprobacion del Pontífice. Vitaliano sucedió á Eugenio , y le ordenaron el último dia de Julio , despues de dos meses de estar vacante la Silla apostólica.

81. Defendió San Máximo abad juntamente con San Martino Papa la fe católica contra la heregia naciente de los monotelítas , y parece que Dios le suscitó visiblemente para combatirla , tanto con su grande y magnánima virtud , quanto con la fuerza y erudicion de sus escritos , que se reducen por la mayor parte á impugnar los errores de aquellos tiempos. Prendiéronle igualmente en el mismo año de la muerte del santo Papa , y le condujeron á Constantinopla

junto con Anastasio , su fiel discípulo por espacio de treinta y siete años , y otro Anastasio que habia sido apocrisario de la iglesia romana (1). Al punto que llegaron , acudieron diez soldados con dos oficiales , los sacaron de la embarcacion en que iban , los separaron y los pusieron descalzos y cuasi desnudos en cárceles separadas , sin respeto ni compasion para con el venerable anciano de setenta y cinco años. Hiciéronle varios interrogatorios , conferenciaron á menudo con el santo abad , é intentaron convencerle con mil imposturas de que su constancia no era mas que una temeridad desconocida de todas las iglesias. La seduccion fue tan inútil como la violencia. No bastó la apostasia misma de los legados del Papa Eugenio para hacer vacilar al discípulo Anastasio de la fidelidad de la iglesia romana en defender con constancia las verdades definidas por los padres y los concilios (2). A pesar de lo que alegan nuestros perseguidores , escribia desde su encierro á los monges de Cagliari en Cerdeña , creemos firmemente en virtud de la promesa hecha á San Pedro , que la semilla de la piedad se conservará á lo menos en la iglesia romana. Notamos , que el discurso y los lugares que cita , se refieren á la Iglesia universal , porque la llama centro de la unidad , siempre visible , y siempre brillante por la confesion de la verdadera fe , y á la que estará siempre unida la multitud de los obispos (*).

(1) *Niceph. Chron. act. S. Max. pag. 29.* (2) *Ibid. pag. 43.*

(*) Nos parece en verdad muy estraña esta observacion de Berault , y no podemos menos de hacer sobre ella una sencilla

Insistió fuertemente Máximo por su parte en la condenacion de las novedades profanas, pronunciada canónicamente en el concilio de Roma (1). Contestáronle que este concilio no era legítimo, por haberse celebrado sin orden del Emperador; pero San Máximo instruido perfectamente en las leyes y usos de la Iglesia, respondió: „si las órdenes del Emperador son las que dan á los concilios su autoridad, es necesario admitir los de Tyro, de Antioquia, de Seleucia, de Sirmio y otros muchos que los Emperadores, sorprendidos por los arrianos, mandaron celebrar contra la doctrina de la consubstancialidad. Del mismo modo debíamos venerar despues de largo tiempo

reflexion. Ha alabado la firmeza del discípulo de San Máximo en no dudar de la fe de la iglesia romana, á pesar de la defeccion de los legados del Papa Eugenio. Refiere luego la carta en que el mismo Anastasio muestra su confianza apoyada en la promesa hecha á San Pedro, y en la que habla esclusivamente de la iglesia de Roma; y ahora nos viene suponiendo que todo esto se debe atribuir, no á la Cátedra de San Pedro, sino á la Iglesia universal; sin mas razon que porque Anastasio la llama *centro de la unidad, siempre visible, siempre brillante*. Empero ¿dónde está el centro de la unidad católica, sino en la Cátedra de Pedro? ¿Dónde se ha mostrado la Iglesia siempre visible, sino en la Silla cuyos Pontífices se han sucedido sin interrupcion? ¿Dónde se ha manifestado siempre brillante por la confesion de la verdadera fe, sino en el trono de aquel á quien se dijo: *Ego rogavi pro te ut non deficiat fides tua?* ¿A quién ha de estar siempre unida la multitud de obispos, sino á aquel de quien decía San Gerónimo (Epist. ad Dámasum): *Beatitudini tuæ, id est Cathedræ Petri, communionem consocior: super illam petram ædificatam Ecclesiam scio. Quicumque extra hanc domum agnum*

(1) Tom. 6. Concilior. pag. 472.

po el latrocinio de Éfeso, en el que se ostentó todo el furor impío de Dióscoro. Debemos despreciar segun el propio principio el santo concilio que depuso á Pablo Samosateno, y proscribió la impiedad que echaba por tierra los fundamentos de la fe y de las costumbres cristianas. ¿Dónde están los cánones, añade, que prohiben aprobar los concilios celebrados sin la sancion del Emperador, ó que prescriben no convocarlos sin orden suya? Convinieron en este principio; y acerca de otros muchos artículos, algunos de los grandes, mas adictos al parecer á las pretensiones del Emperador, conocieron toda su injusticia. Penetró el Santo cuanto pasaba en sus corazones

comederit, profanus est... Quicumque tecum non colligit, spargit?

A mas, decir que la multitud de obispos ha de estar unida á la Iglesia universal despues de suponer la contraposicion entre esta y la Cátedra de San Pedro, es lo mismo que decir, que la multitud de obispos ha de estar unida á sí misma, sentencia de todo punto nugatoria; ó lo que seria todavía peor, que los obispos han de estar unidos al clero inferior y á la plebe, constituyendo el centro de la unidad en la multitud de los fieles. Tales son las consecuencias que naturalmente dimanar de las palabras de nuestro historiador, y por esto solo se puede ver á donde conduce la doctrina de la declaracion de la iglesia galicana. San Cipriano y San Agustin al hablar de la unidad no buscan otro centro que la Silla de Pedro, y el mismo Bossuet en su sermón *de unitate*, demuestra, como el que mas, esta verdad. Sin duda es muy cierto, lo que ha dicho ya otro antes que nosotros, que el grande obispo de Meaux (y lo mismo Berault) no penetró todas las consecuencias de los artículos de 1682. Véase la ya citada obra del P. Anfosi, y la de Mr. de La-Mennais: *La Religion en sus relaciones con el orden político y civil*, part. 2.^a cap. 5, 6 y 7.

nes, y les propuso que invitasen á Constante á seguir el ejemplo de su abuelo que condenó al fin su *Écthesis fatal*. Reflexionaron por algun tiempo en silencio, mostrando su confusion con varios movimientos de cabeza y con diferentes ademanes, despues de lo cual exclamaron: *todo está lleno de dificultades invencibles*. No pudieron sin embargo resistir á las impresiones de respeto que les inspiró el santo confesor, y al separarse de él le saludaron con mucha urbanidad.

82. El destierro del Santo y de sus dos compañeros fue todo el fruto de una confesion tan gloriosa: iniquidad aconsejada al Emperador por los eclesiásticos impregnados con el veneno de las nuevas opiniones, y recelosos del ascendiente irresistible de un doctor venerable á quien miraban todos los católicos como á su padre y á su guia. Condujeron á los tres confesores con separacion á los confines de Tracia y á las últimas plazas que tenian los romanos en las fronteras de los bárbaros, sin provision alguna para su subsistencia y cuasi sin vestidos. Intentaron allí de nuevo seducir á Máximo por medio de Teodosio, obispo de Cesaréa en Bitinia, que tenia este encargo del Emperador, y por medio del patriarca Pedro que era monotelita como Pablo su predecesor. La elocuencia del santo doctor hizo una impresion aun mas profunda en el prelado de Cesaréa que la que habia obrado en los cortesanos encargados del interrogatorio precedente. Redújole en primer lugar á convenir en que el Typo, destituido de toda au-

toridad en materia de fe, no era mas que un puro expediente de política, reprobado desde su origen por los ortodoxos, quienes seguian mirándole como instrumento de la perdicion de infinitas almas. Despues probó con erudicion prodigiosa, que la multitud de testos atribuidos á los padres con los que el patriarca habia afirmado la opinion de Teodosio en favor del monotelismo, no era mas que una obra de falsarios escrita con la hiel de los hereges mas detestables. Obligóle á reconocer en términos espresos las dos operaciones y las dos voluntades de Jesucristo, como tambien las dos naturalezas. En resolucion, Teodosio conmovido interiormente y muy enternecido, tomó parte en las affixiones del Santo, y le dió algun dinero con dos vestidos de los que otro obispo tuvo la bajeza de apropiarse una túnica. Pero la conversion misma del obispo Teodosio, aunque confirmada por una especie de juramento, es decir, por el contacto de la cruz y del Evangelio, no fue mas que una ligereza incapáz de hacer frente al temor de la desgracia, y á la esperanza del favor.

83. Comunicaron sin embargo de parte del Príncipe una nueva orden á Máximo para que se acercase á la ciudad imperial, y se alojase en el monasterio de Regio, poco distante de Constantinopla. El rescripto ordenaba que tratarasen á Máximo con distincion y miramiento, así por razon de su edad y de sus enfermedades, como por el lugar que habia ocupado en la corte. Le negaron el uso del resto de sus pobres muebles, y solo le dejaron el dinero y



vestidos que le habian dado. Dos patricios que llegaron en compañía de Teodosio, maltrataron al santo confesor, por hallarle siempre adicto á la verdadera fe, hasta el extremo de darle muchas puñadas, despues le arrancaron la barba y le escupieron desde los pies á la cabeza. El obispo de Regio acudió é impidió que pasase mas adelante su brutalidad, haciéndoles ver que los negocios eclesiásticos no debian tratarse de aquella manera; mas ellos continuaron llevando al santo anciano de injurias y maldiciones. Sí, dijo Epifanio, que era el mas colérico de los patricios: si siguen mis consejos, te arrastrarán por la ciudad y te pondrán en una argolla en medio de la plaza, adonde irán los cómicos, los bufones, las mugeres públicas, el mas vil populacho á abofetear-te y escupirte en el rostro. Por la Trinidad, dijo el otro patricio llamado Troilo, por poco descanso que nos dejen los infieles te asociaremos al Papa que se gloria de tal, y á todos los insolentes charlatanes de la otra parte del mar para tratarlos del modo que á Martino. Principiaban de esta suerte la envidia y la presuncion á conducir á los griegos hácia su cisma irremediable; y á proporcion, como en castigo de sus excesos, sus mas bellas provincias pasaron al yugo de los filisteos de la nueva ley, es decir, de los musulmanes, menos enemigos del culto y del nombre latino que aquellos romanos degenerados.

Apenas supo el Emperador la perseverancia del santo abad, le condenó á un nuevo destierro. Despojaron al confesor otra vez de la poca y mala ro-

pa que tenia, y le entregaron con sus dos compañeros á los soldados, que los condujeron á Selimbria. Llegó su malignidad al extremo de indisponer contra él al ejército de aquella frontera, en el que esparcieron la voz de que no reconocia á María por Madre de Dios, y que no cesaba de blasfemar su nombre. El comandante, movido sin embargo de los impulsos de la gracia, se dirigió á él precedido de los gefes, de las insignias y de las banderas, con los sacerdotes y diáconos que seguian las tropas cristianas á fin de celebrar el oficio en oriente conforme se practicaba en occidente. Púsose San Máximo de rodillas, al verle hicieron ellos lo mismo, estuvieron orando algunos momentos, y le pidieron luego con grandes demostraciones de respeto que se sentase. Entonces uno de los circunstantes, no tanto por persuadirse de la verdad cuanto para destruir las imposturas, le dijo con un aire y tono magestuoso: „Padre mio, han querido persuadirnos que negais á la Virgen María el nombre de Madre de Dios, por tanto os rogamos que destruyais este escándalo.” Postróse en tierra á estas palabras el Santo, derramó un torrente de lágrimas, se levantó dando gemidos, y alzando los brazos al cielo dijo con voz robusta aunque interrumpida con continuos suspiros: *cualquiera que no crea que nuestra Señora la Santisima Virgen es Madre de Dios, Criador del cielo y de la tierra, anatema contra él de parte del Padre, del Hijo y del Espiritu Santo, de todas las virtudes celestiales y de todos los Santos, ahora y por todos los si-*

glos de los siglos. Los espectadores vertiendo lágrimas exclamaron : *os atormentan en extremo, Padre mio; Dios sea vuestro apoyo y vuestra corona.* Siguieron tratando con el Santo de asuntos piadosos, concurriendo soldados de todas partes y aumentándose la multitud por momentos. Mas algunos oficiales ambiciosos le obligaron á alejarse del campo á dos millas de distancia, y luego le encarcelaron en Perbera, con el designio de dar gusto á la corte.

Como la tímida política no se creía todavía segura, le llevaron otra vez á Constantinopla junto con los dos Anastasios, con ánimo de perderlos sin recurso. Mas aparentaron todas las formalidades de la justicia, y procedieron con aquella circunspeccion de fariseos que nunca es mas escrupulosa que cuando pretende revestirse del carácter de la equidad. Principiaron fulminando anatéma contra ellos en un conciliábulo, en que condenaron tambien al Papa Martino, á San Sofronio de Jerusalem y á todos los de su comunión, es decir, á todos los ortodoxos. Concluido este juicio, llamado injustamente canónico, el senado de acuerdo con el concilio los condenó á ser azotados con nervios de toro, mandando se les cortase la mano derecha y arrancase la lengua de raíz. Ordenó que los paseasen ignominiosamente por los doce barrios de la ciudad, y que luego los espulsasen y encerrasen por el resto de sus dias. Todo se egecutó con una crueldad superior á la de la sentencia; y deseando despojarles otra vez, solo les encontraron una aguja y un poco de hilo que tuvieron

el atrevimiento de quitarles. El pais salvaje de los lacios, vecino al de los crueles alanos, fue el lugar de su destierro. Iba espirando San Máximo, y se vieron precisados á conducirle en una angarilla de mimbre. Murió en efecto consumido de males y de fatigas á los ochenta y dos años, el dia 13 de Agosto del año 662, el mismo que habia señalado de antemano como término de sus trabajos, y en que la Iglesia honra su memoria. Falleció Anastasio su discípulo un mes antes; y Anastasio el apocrisario, á pesar de sus excesivos tormentos, sobrevivió cuatro años utilizando todos los momentos de descanso para sostener la verdad, juzgándose por feliz con la sola idea de ser su víctima. Escribia á este fin de un modo al parecer prodigioso, pues ataba al extremo del brazo, cuya mano le habian cortado, dos palos pequeños que sujetaban la pluma.

84. Incitado el Emperador Constante de su resentimiento, emprendió en el año siguiente á la muerte de San Máximo el viage á Italia. Quiso apoderarse de Benevento y arrancar esta plaza del poder de los lombardos, mas no le salió la empresa como deseaba. Despues partió á Roma, donde la humillacion que acababa de experimentar moderó su venganza. Quedó satisfecho con llevarse bajo pretextos especiosos todo el metal de las iglesias, no habiendo encontrado en ellas oro ni plata. Hizo el papel de un católico celoso, asistió al santo sacrificio en la iglesia de San Pedro, y ofreció un tapiz de oro. El Papa Vitaliano, sucesor de Eugenio desde el 30 de Julio de 657,

opinó que para bien de la Religión debía contentarse por algun tiempo con estas débiles señales de catolicismo. Pero el Emperador no estuvo mas que doce dias en Roma, despues de los cuales no atreviéndose á volver á Constantinopla en donde no era menos odiado, pasó á Sicilia, y permaneció cuatro años en Siracusa. Atormentado de continuos remordimientos, no halló sitio alguno que no le ofreciese mil motivos de disgusto. Rara vez empaña un solo delito el alma de aquellos que cuentan de seguro con la impunidad. Era para Constante un objeto de diversion la vida de los mártires, y no tenia mas respeto á los derechos de la naturaleza.

85. Despues de haber obligado con violencia á su hermano Teodosio á recibir el diaconado, se preparó él un manantial inagotable de tormentos haciendo que le despojasen de la vida. Representábasele cada noche con los ornamentos de su estado, ofreciéndole un cáliz lleno de sangre y diciéndole: *bebe, bárbaro hermano* (1). Fue asesinado en los baños de Siracusa el dia 15 de Julio del año 668.

86. Prosperaba la fe por el contrario en la mayor parte de los países conquistados de los Emperadores, entre los pueblos llamados bárbaros por aquellos que conservaban en oriente el nombre vano de romanos. En el reino godo de España (*), la iglesia de

(1) *Theoph. ann. 27. pag. 292.*

(*) Ocupaba todavía su trono por los años 620 el piadosísimo Rey Sisebuto. A mas de su celo por la pureza y propagacion de la fe católica, se distinguió por su piedad y sincera devocion

Toledo, su capital, declarada metrópoli de toda la provincia de Cartagena en el año 610, trabajó durante todo el siglo séptimo en arreglar su disciplina

Movido de la que profesaba á la santa vírgen y mártir Leocadia, construyó en su honor un magnífico templo en Toledo, que despues se hizo muy célebre por los concilios que se congregaron en él. Estas virtudes cristianas estaban unidas en el corazon de Sisebuto á otras verdaderamente reales. Con su valor y prudencia domo á todos sus enemigos, fomentó la prosperidad y riqueza del reino, y aumentó de tal manera la armada real, que algunos escritores afirman que fue el que introdujo su uso en el dominio de los godos, bien que estos tenian ya sus naves de guerra en tiempo de Ataulfo. Estaba el Rey ocupado en estos y semejantes negocios, cuando le sobrevino la muerte en 621, despues de un reinado de ocho años, seis meses y diez dias. Fue tan llorado por sus súbditos, quanto era amado de ellos por sus grandes virtudes.

Sucedióle su hijo Recaredo, segundo de este nombre, Príncipe de poca edad y de no bastantes fuerzas para llevar tan enorme peso. Reinó solos tres meses segun la mas exacta cronología, pasados los cuales falleció, sin que se conserve otra memoria suya. Los grandes del reino eligieron entonces á Suintila, hijo de Recaredo I, el cual habia dado muestras de gran valor y pericia en el gobierno mientras que fue general de Sisebuto. Durante su reinado sujetó enteramente á los vascones que de nuevo se habian insurreccionado: acabó de sacar de España á los romanos, y fue el primer Rey godo que la dominó toda: reformó algunas corruptelas que se introdujeron antes en las leyes y costumbres del reino; y con estos hechos y con su estraordinaria liberalidad para con los necesitados se adquirió el nombre de Príncipe escelente y de padre de los pobres. Empero vino á perder todo su mérito y nombradía, cuando en el año 626, quinto de su reinado, declaró por su compañero en el trono á Rechimiro su hijo, con intento de asegurar en su familia la sucesion. Lleváronlo muy á mal los grandes, porque querian conservar el derecho de la eleccion; comenzaron á aborrecer al padre y al

de un modo capaz de poder servir de modelo á las muchas iglesias sujetas á su jurisdiccion. Celebráronse en ella hasta diez y ocho concilios, de los que mu-

hijo y á tramar conspiracion para arrojarles de la cumbre del poder. Suintila por su parte se abandonó á los vicios, dejó todo el gobierno á Teodóra su muger y á su hermano Geila ó Agilano cuya avaricia era insaciable, y cargó á sus pueblos de enormes tributos.

No pudo ocultarse entonces el odio que todos concibieran contra el Rey, cuyo gobierno se habia hecho insoportable. Sabedor de esto Sisenando, que era gobernador de la galia gótica y uno de los godos mas ricos, valeroso y diestro en el manejo de los negocios, concibió el proyecto de subir al trono. Comunicó su designio á Dagoberto Rey de Francia, hizo alianza con él, y puesto al frente de los egércitos combinados de godos y franceses entró en España y se avanzó hasta Zaragoza en la primavera del año 631. Desampararon luego los godos á Suintila y se unieron á Sisenando, por lo que el Rey se vió precisado á ceder el trono, del que le arrojaron juntamente con su muger y su hijo Rechimiro. Quedó con esto Sisenando por Rey, del que no sabemos otra cosa, sino que mandó celebrar el concilio cuarto de Toledo para afirmarse en el trono. Murió á los tres años, once meses y diez y seis dias de reinado, y le sucedió Chintila por eleccion que hicieron los grandes y prelados de la nacion. Luego que ocupó el solio, hizo congregar el concilio toledano quinto, al que siguió dos años despues el sexto. Mostró este Príncipe un grande celo por la Religion católica mandando salir de sus dominios á todos los judíos que no se convirtiesen. Ordenó tambien que salieran de España cuantos no quisiesen profesar la fe católica, y que ninguno de otra religion pudiese militar jamás debajo de sus banderas. Poseyó el reino tres años, ocho meses y nueve dias, y falleció en Toledo por Diciembre de 639.

Eligieron por su sucesor á su hijo Tulga, jóven en la edad pero en las virtudes viejo. Señalóse en particular en la justicia, celo de la Religion, liberalidad para con los pobres, en la prudencia y destreza en el gobierno y en la guerra. Iba creciendo

chos fueron nacionales. Empero el plan que nos hemos propuesto no nos permite detenernos mas que

en estas escelentes cualidades, y aspiraba á la cumbre de la virtud y del valor, cuando le atajó la muerte en 641 á los dos años y cuatro meses de reinado. Entró en su lugar Flavio Chindasvinto, que por tener á su cargo las tropas con las que se habia rebelado contra Tulga, luego que este falleció se apoderó de todo con las mismas armas y con el favor de los godos, y se quedó con el reino. Pacificados despues de cuatro años los mal contentos, mandó juntar el concilio séptimo de Toledo. Procuró tambien atraerse el afecto de sus pueblos con el halago, la moderacion y la prudencia, y mucho mas con el esmero en todos los actos de la Religion. Dió muchas posesiones y preseas á San Fructuoso para la fundacion y dotacion del monasterio de Compluto. En el año 649 nombró por compañero en el trono á su hijo Flavio Recesvinto con aprobacion y consentimiento de la nacion, cansada ya de tumultos y sediciones; y desde este tiempo principia el reinado de Recesvinto, á quien el Rey padre á causa de su vejez dejaba todo el gobierno. Falleció por último Chindasvinto á los noventa años de edad, dia 30 de Setiembre de 653, y fue enterrado en el monasterio de San Roman que él mismo habia fundado, donde llegó á tener pública veneracion.

Recesvinto mandó celebrar en el mismo año de la muerte de su padre el concilio octavo de Toledo, en 655 el nono, y en el siguiente de 656 el décimo. En todos ellos alabaron los padres la religion y el celo del Rey, su vigilancia, su gran piedad y la sabiduría de que Dios le habia dotado para el buen gobierno de sus pueblos. Gozaba en efecto el reino godo de perfecta paz en todas sus provincias; el Príncipe fomentaba y protegía las ciencias, reformaba y aumentaba las leyes, hacia de todos modos la felicidad de sus vasallos, y bajo su imperio crecia prodigiosamente en virtudes la iglesia de España. Amado de los suyos, temido de los estraños y lleno ya de dias y de esperiencia, comenzó Recesvinto á disponerse para la vida eterna, principalmente cuando sintió su salud algo quebrantada. Pasó á tomar mejores aires al lugar de Gérticos, territorio de Salamanca; pero no encontró alivio alguno. Agravóse poco á poco su enfermedad,